

Luzán y sus memorias literarias de Parte

JUAN DEL AGUA*

EL autor de la *Poética* (1737) más interesante de nuestra literatura publicó en 1751 unas *Memorias literarias de París: actual estado y método de sus estudios*, que pueden considerarse como una expresión ejemplar de los entusiasmos, pretensiones, proyectos, limitaciones y originalidad de la Ilustración española. Ignacio de Luzán (1702-1754) era hijo del que fue último gobernador del reino de Aragón bajo los Austrias, don Antonio de Luzán y Guaso, quien durante la guerra de Sucesión se puso al servicio del archiduque. Pronto quedó huérfano y vivió con su abuela paterna en Barcelona. En 1715 se hizo cargo de él un tío clérigo, con el que embarcó para Italia vía Mallorca. Primero vivió en Genova y Milán, donde estudió con los jesuitas; años después marchó a Palermo, donde se doctoró en ambos Derechos en la Universidad de Catania. A la muerte de su tío (1729) se dirigió a Nápoles a ponerse bajo la protección de un hermano que era gobernador del castillo de San Telmo. En 1733, aconsejado por éste, volvió a España para ocuparse de la administración de los bienes que la familia poseía en Aragón.

Luzán retorna, pues, a Zaragoza con treinta y un años. Se ha formado en Italia, donde ha aprendido, además, francés y alemán. Ha frecuentado las sociedades y salones literarios de Palermo y Nápoles. Ha escrito algunas obras (la mayoría perdidas) en italiano y español. Es un ilustrado puro, pero en ningún caso un extranjerizante o medio extranjero. A los once años ha leído la *Historia de España* del P. Mariana, y las glorias y la preocupación por su patria no las ha olvidado nunca. En Aragón termina su *Poética*, que le da cierto renombre. En 1741 es nombrado académico de honor en la Real Academia, donde diez años más tarde ocupará la silla E. En 1745 es elegido en la Academia de la Historia y dos años antes ha publicado la primera apología, *Carta latina de Ignacio Philalethes a los PP. de trévoux... acerca de las cosas literarias de España*, en la que se queja a los jesuitas franceses de la culpable ignorancia en que están acerca de la realidad española. Como preámbulo, Luzán hace una declaración de antiprovincianismo y abre cordialmente a Europa: «Nadie me gana en lo de estar libre de toda preocupación contra los extranjeros.» Más tarde Aeremos su entusiasmo por París. Mientras, en Madrid entabla amistad con los mejores escritores del momento, Juan de Iriarte, el marqués de Valdeflores, Eugenio

* 1941. Catedrático de Filosofía.

de Llaguno, y también con el primer ministro, José de Carvajal y Lancáster. Este será el que le envíe a París como secretario del embajador español, el duque de Huesear. El hispanista Didier Ozanam ha publicado la correspondencia entre Carvajal y Huesear y ha estudiado meticulosamente la política de Carvajal.

Como los demás ilustrados, Carvajal sólo tiene una idea fija: restaurar la Monarquía; y para ello, restaurar la economía, dar valor a las Indias, mantener una paz activa que pueda conducir a la recuperación de Gibraltar y, quizá, hasta de Portugal. América, sin embargo, es el ingrediente esencial. «Lo de Indias —escribe a Huesear— es lo que importa al Estado.» «Cuidemos de nuestro reino y de las Indias y apartemos todos los motivos que nos liguen a entrar en guerra por cosas que no son de nuestro interés.» Pero estos planes y la restauración económica deben quedar más bien en la semioscuridad, ya que las potencias de Europa no lo verían con buenos ojos. «La Marina nuestra —precisa— debe aumentarse, pero con proporción y sin ruido, que ahora estamos alborotando el mundo con eso.» Pero hay además que recuperar el *nivel* de civilización que poseen las naciones más avanzadas, sobre todo en el dominio de la cultura, y Carvajal encarga a Luzán que mire cómo funciona en París la vida del espíritu: las instituciones, la literatura. ¿Por qué París? Porque es la capital de un reino católico con el que tantas cosas nos unen y uno de los focos más creadores de Europa. En su *Introducción* escribe Luzán: «No creo adular a una nación, ni agraviar a las demás, si digo que París es el centro de las Ciencias y Artes, de las Bellas Letras, de la erudición, de la delicadeza y del buen gusto. ... Y no podía dejar de ser así; porque los efectos siguen infaliblemente a sus causas (no interponiéndose estorbos), y una vez establecido en una Nación los principios de la cultura, y cimentadas las causas de la erudición, era seguro que debían seguirse los efectos de la cultura y de la erudición de toda la Nación. Y siempre que en cualquiera otra parte se echen los mismos cimientos, se pongan los mismos medios y concurren las mismas causas, se conseguirán los mismos progresos y las mismas ventajas. Esta proposición, que yo creo innegable, ha sido y es el objeto de estas Memorias.»

Se trata, pues, de conocer el estado cultural de Francia, de Ver las consecuencias que tiene seguir ciertos principios, de descubrir en aquéllas el modelo o la *norma* del progreso, camino que lleva «a la felicidad en los Estados». Ahora bien, esta norma es la «de la instrucción fecunda, la ciencia y las luces de los que mandan». «Yo comparo —prosigue— un estado que se gobierne sin luces, y sin principios, por mera práctica, y como a tientas, a las naves de los antiguos Fenicios y Cartagineses, que sin aguja de marear, sin conocimiento de la cosmografía y sin reglas de náutica, iban costeando las tierras con trabajo inmenso, sin engolfarse jamás, ni perder de

APERTURA
CORDIAL A
EUROPA

EL ESTADO
CULTURAL
DE FRANCIA

vista la playa, aun así expuestas continuamente a dar en bajíos y escollos, y a naufragar miserablemente por falta de pilotos y marineros instruidos.» La cosa está clarísima: sin ciencia, sin tomar posesión del nivel al que ha llegado la humanidad europea, no se podrá levantar la Monarquía, se caerá de continuo en los mismos escollos. ¡Más con ella! Luzán, como hombre del XVIII, tiene una fe —una confianza— casi ciega en la Ciencia y en su poder de redención. «Las Ciencias y las Artes —dice— están hoy tocando casi a su perfección; mil descubrimientos, mil inventos, mil máquinas, mil nuevos métodos allanan todas las dificultades y facilitan los estudios. En todas partes, en todas lenguas se habla, se escribe científicamente. El Templo de la Sabiduría es ya accesible a todos. Una copia innumerable de libros en todas materias no deja que desear a los que quieren instruirse. Academias, Universidades, Escuelas, Colegios, experiencias, viajes, premios, todo alienta, todo influye, todo se comunica.» Luzán piensa, como dirá más tarde Capmany, que «la gloria de este todo cubre a todas sus partes». Y el templo de la mayoría de los ilustrados españoles tiene, en efecto, un ingrediente de generosidad, ilusión, gratitud por el tiempo en que viven, una ausencia tan marcada de acritud criticista, que les separa de muchos europeos ilustres contemporáneos para los que la ciencia se construye en oposición y beligerancia contra el cristianismo. Los españoles, en cambio, tienen entusiasmo por la ciencia, quieren adoptar sus métodos, pero sin dejar de ser cristianos. Pretensión cuyas condiciones y exigencias no siempre cumplen. Principalmente porque la idea de la razón imperante entonces no es la adecuada —al contrario— para lograr la síntesis a que aspiran. Lo cual no les impide, sin embargo, vislumbrar los límites y peligros de una Ciencia que pretende reducir toda la realidad a su medida. De ahí, a la vez, su zozobra interior e incertidumbre proyectiva que les imposibilita casi siempre realizar obras maestras, a pesar de la originalidad que las anima. A este respecto, la *Memorias* de Luzán son paradigmáticas.

*BREVE
DESCRIPCIÓN
DE PARÍS*

El capítulo primero comprende una breve descripción de París, y su rasgo más sorprendente para el lector actual es el número de conventos existentes: «Cuentanse cuatro abadías de monjes, cuarenta y dos conventos de religiosos, doce seminarios, ocho abadías de monjas, cuarenta y cuatro conventos de religiosas.» El París de mediados de siglo no se parece, pues, al de cincuenta años después. En 1750 la inmensa mayoría de los franceses son cristianos y la sociedad en que viven también. Lo que explica la actitud favorable de los ilustrados hacia Francia por esas fechas, y una mucho más reservada a partir de la Revolución. Mas lo que interesa a Luzán principalmente no es el escenario en el que va a vivir más de dos años, sino el «papel» que representa cada elemento de eso que se denomina «vida cultural».

Las escuelas de niños y la pedagogía que se dispensa en ellas parecen a Luzán dignas de emulación. En primer lugar,

dice, se considera a los niños como seres racionales a los que hay que enseñar el *uso* de la razón mediante noticias e ideas claras, ya que de lo contrario «o no las comprenderán, o, lo que es peor, serán una semilla de error para todos los discursos que funden en adelante sobre ellos». Es también fundamental «el agrado con que se responde a todas las preguntas de los niños, con que se les alienta para que hablen, y con que se les inspira máximas buenas, nobles y generosas». El gran número de libros relativos a la educación y la instrucción facilita, además, enormemente la tarea. Ideas claras, método coherente, respeto de la personalidad del niño, líales son los ingredientes esenciales de una buena educación para Luzán. Tríptico, no es superfluo subrayarlo, todavía de ¿luna actualidad. Para los niños y *las niñas*. La educación] de éstas es también principalísima. Para ellas se usan «el mismo agrado, la misma blandura y los mismos medios del pundonor y de sentimientos elevados que con los niños; esmerándose particularmente en inspirarlas una noble modestia sin el defecto de la rusticidad o encogimiento». El resultado es el aumento del nivel social y de las relaciones interindividuales entre hombres y mujeres, no el aumento del libertinaje, como erradamente se cree. «Examinando despacio y sin preocupación (prejuicio) lo que pasa en las iglesias, en las calles, en los paseos, en las casas, en las conversaciones, en los bailes, en las mesas y en los teatros se ve que la modestia de las mujeres, a lo menos en público, es como un sistema general de la nación, Úel cual rara vez se apartan.» La cultura eleva la virtud del hombre y de la mujer, da más peso a sus mutuas relaciones, enriquece la vida de todos. «La libertad de París, si la hay, procede de otros principios (que no son para expuestos en este lugar), y no de falta de modestia en las mujeres.» La clarividencia de Luzán es inobjetable, y su negativa a hablar directamente de ciertos «principios» se debe, sobre todo, al deliberado propósito de no hacer el juego a los que creen que la ignorancia es la mejor defensa contra la corrupción de las costumbres. Al contrario, Luzán piensa que es «sumamente importante el fomentar la buena educación de las mujeres, cuyas virtudes y buenas cualidades tienen una maravillosa influencia en los hombres».

Sus reflexiones respecto a la necesidad de estudiar la gramática y los autores clásicos, latinos y griegos —estudio de una de las raíces de nuestra cultura—; respecto de la retórica y de las famosas *reglas*, es decir, de ciertas normas y formas de expresión; de la función reguladora y de fomento del «buen gusto» y de las ciencias que ejercen las Academias, no carecen de agudeza, aunque no sean muy originales. De mayor interés, en cambio, es su observación acerca de los dos peligros que acechaban a la tragedia francesa: el formalismo y el anacronismo de sus temas. «Los poetas franceses —escribe—, queriendo emular y aun superar la fama de los trágicos griegos, se propusieron los mismos asuntos. Esto ha producido las modernas *Fedras, Electros, Edipos, Ifiginias, Orestes*, etcétera.

LA FORMACIÓN
LITERARIA

Pero no repararon que los asuntos, que eran verosímiles en la antigua Atenas y en la antigua Roma, son ahora totalmente inverosímiles en París y en todas partes. Ya el pueblo no cree en oráculos, ni en la cólera de los falsos dioses, ni en los manes que quieren ser aplacados. De ahí nace que, por más que se esfuerce el poeta, la impropiedad y la inverosimilitud del asunto hace inútiles todos sus esfuerzos, y hace caer con su natural peso la tragedia cimentada en falso.» Es claro que Luzán distingue las obras maestras de las que no lo son. Por ejemplo, de la *Fedra*, de Racine, dice que es «una especie de prodigio del ingenio». Su crítica se refiere principalmente a las obras del siglo XVIII. Sin embargo, su alcance es más general. Se funda en la verosimilitud y en que la fuente de ésta es la sociedad actual, es decir, una sociedad *cristiana*. La literatura antigua es pre-cristiana, y esto hay que tenerlo en cuenta so pena de inautenticidad y anacronismo. Este pasaje recuerda lo escrito en el L. I, Cap. IV, de su *Poética*, «Reflexiones sobre los antiguos y modernos poetas...»: «Porque, habiendo ya la divina luz del Evangelio desterrado las ciegas tinieblas de la idolatría, no era menester explicar los atributos del verdadero Dios por medio de fábulas, como hicieron los antiguos»; la introducción de mitos y dioses paganos para interpretar la vida actual es censurable, «no por las impiedades..., sino por lo inverosímil de semejantes falsas deidades... entre cristianos». Sería del mayor interés comparar la *Poética* de Luzán con la de Boileau, por qué uno propone como fuente de inspiración la historia del pueblo cristiano y el otro no: «De la foi d'un chrétien les mystères terribles / D'ornements égayés ne sont point susceptibles: / L'Evangile a. l'esprit n'offre de tous cotes / Que pénitence a faire, et tourments mérités.» (Chant III). Visión en exceso austera del mensaje evangélico, y que deja escapar lo esencial: su mandato de amor a las cosas, al prójimo, a sí mismo y a Dios. No es este el lugar de intentarlo, pero sí de subrayar el hecho de que, poco después de escrito *L'art poétique*, y a la muerte de Luis XIV, la Corte del Regente olvidó muy pronto la «penitencia que cumplir y los tormentos merecidos». Y que treinta años después Luzán encontraba en París el dominio filosófico inficionado por la irresponsabilidad intelectual.

LA FILOSOFÍA EN PARÍS

«De la Philosophia» es uno de los capítulos más importantes de las *Memorias literarias de París*. Cuenta Luzán que se estudia en las Universidades, en los Colegios Mayores y también, privadamente, en los salones de más brillo. Pero se estudia, ¿qué filosofía? «Aristóteles y su filosofía —describe— está en un total desprecio: nadie hace mención de tal sistema sino para burlarse de él. Algunos siguen a Descartes, no obstante su decadencia y sus defectos. Otros siguen al padre Malebranche, o a Gassendo, o a Moliere.» Este último nombre podrá sorprender, y no sin justificación. Pero es preciso saber que desde muy temprano se creó una interpretación «filosófica» del famoso cómico fundamentada en su crítica

contra los falsos devotos, de la sociedad y, lo que él historiador de la literatura, Lanson, llamaba su «moral natural y su oposición al cristianismo», con no demasiada precisión y acierto. Los más, continúa Luzán, «los literatos de primera clase y los matemáticos», siguen a Newton. Y añade que existe en París plena libertad —en la Universidad, los Colegios, los conventos y entre los jesuitas— para seguir el sistema que parezca a cada cual mejor, «o formar uno nuevo tomando ya de uno, ya de otro autor lo que más le cuadre». Después de dividir la filosofía en tres partes: estudio del método o «reglas de pensar» o *lógica*, de los cuerpos materiales o *física*, y de los primeros principios o *metafísica* —división puramente escolar—, precisa: «En París todo el mundo estudia la física, y la estudia muy bien; pero pocos o ninguno aprenden, Ini llegan a saber, una buena lógica, ni una buena metafísica. No he oído jamás hablar ni de Bacon de Verulamio, ni de Wolfio; si algunos nombran a Leibniz es por lo que tuvo de gran matemático. De Locke no se hace mucho caso, tachándole algunos de que no fue buen geómetra. Nadie habla ni se acuerda de Platón, como si tal hombre no hubiese habido en el mundo. Y en cuanto a Aristóteles, bien podré asegurar, sin recelo de engaño, que nadie ha leído ni lee sus obras originales, sin embargo de que todos las desprecian.» La lucidez del ilustrado español es sorprendente.

Hoy es bien sabido que, entre 1730 y 1780, Europa padeció una fuerte depresión filosófica. En Francia principalmente, el sensualismo de Condillac, el materialismo de Diderot y D'Holbach, el determinismo de D'Alembert y el «buen sentido», un tanto mecanicista, de Voltaire, apenas dejan lugar para las protestas de Rousseau, su afirmación de la necesidad de Dios y de la vida perdurable del hombre, sobre todo a partir de la última parte de su vida. Como en nuestros días, aunque con un estilo infinitamente más elegante que el actual, lo que interesa a los *philosophes* es el dominio material del mundo. Espléndidos literatos, su filosofía es mínima y no muy evidente. Hablando de Voltaire, escribe Jean Wahl en su *Tableau de la philosophie française*: «¿Qué es una idea? Es una imagen que se pinta en mi cerebro. Vemos que Voltaire es partidario de Gassendi contra Descartes. La filosofía de Voltaire ha sido llamada la filosofía del buen sentido. Pero es necesario hacer dos observaciones. El buen sentido, tal como él lo entiende, no es el de Descartes, el sinónimo de lo que consideraba la razón. Por otro lado, el buen sentido, tal como Voltaire lo entiende, es algo bastante confuso y heterogéneo.» (P. 47-48.) Luzán nos ha mostrado en el texto antes citado cómo la ignorancia es el mejor aliado de la parcialidad y de la simplificación. Con insuperable acierto y agudeza, puntualiza: «De aquí resulta que, ordinariamente, en las obras que salen hoy en día en París, se hallará falta de método y de solidez en los discursos, en los que sólo ha trabajado la imaginación viva del autor. Los sofismas, los paralogismos, las

FUERTE
DEPRESIÓN
FILOSÓFICA

divisiones imperfectas son frecuentes. Un ingenio agudo y ayudado con algunas especies leídas, abraza con facilidad un pensamiento nuevo y a medio digerir lo aborta, le adorna, y le traslada al papel y a la imprenta. La misma religión no está segura de estos asaltos repentinos. Y como la falta de lógica y de metafísica es general, todo pasa; cualquier opinión algo brillante halla apoyo y aplauso, y nadie sabe descubrir el error.» El análisis es justo. Y aún plenamente actual.

Pero si Luzán aboga por el restablecimiento de la metafísica mediante la elaboración de una nueva, «considerando la necesidad indispensable que hay de esta ciencia para el perfecto conocimiento de las demás», no pasa, como se ve, de un utilitarismo filosófico de origen cartesiano y de la condena tópica de la escolástica, «tierra ingrata que no produce sino malezas y espinos». Se refiere a la escolástica exhausta de su tiempo. En ningún momento se le pasa por la cabeza —ni a ningún otro de los ilustrados españoles— buscar un principio firme sobre el que poder construir la síntesis entre religión y ciencia que tanto anhela. Vive demasiado absorto en la necesidad de aclimatar la nueva ciencia en España, sobre todo la física, cuyo estudio en París, incluso por las mujeres, le fascina. Mas, ¿siente ilusión por la ciencia en cuanto tal? Creo que sus motivos líricos se encuentran, como ya he dicho, en otra parte: en el afán de levantar el poder de la Monarquía hispánica. *Claro que esta perspectiva le permite ver los peligros y los límites del espíritu europeo de su tiempo, y, en esa medida, intentar evitarlos.* Luzán pone en guardia contra el espíritu reduccionista y abstracto de las matemáticas aplicado a los dominios que no son el suyo, por ejemplo las humanidades, que poseen otra claridad y evidencia que la de los números. Asimismo, adelantándose al P. Isla, subraya la necesidad de que los sermones estén bien «edificados, instruidos y compungidos». No se oye en París «la pueril afectación de cláusulas, con retruécanos de similitud; ni reina la viciosa retórica de campanudas voces, de conceptos falsos, de pinturas poéticas, ni versos vulgares...; ni aquellas execrables alusiones que se han oído alguna vez en los pulpitos, con ultraje de la religión y con horror de los fieles bien instruidos». Advierte, además, de dos peligros graves que ve surgir en el ilusionado horizonte de su tiempo: el aumento de los semi-doctos y la pérdida de ciertas virtudes entre los miembros de los estamentos sociales más cultivados.

El primer peligro proviene de la consideración de la ciencia como «creencia», y de la confusión entre datos y construcción. La gente toma lo que dice la ciencia sin más, sin hacer ningún esfuerzo por recrearla y así tomar posesión de ella, esto es, echando de lado los requisitos y condiciones que la hacen posible. Esto lleva a tomar los datos como si fueran la ciencia, olvidando que ésta es construcción, que los datos lo son para una teoría, actitud que viene a poner en peligro el futuro de la ciencia misma. «No puedo dejar de notar —escribe Luzán— que los diccionarios de Ciencias y Artes, que de

algún tiempo acá se han hecho moda, no son los mejores medios para aprender sólidamente y con fundamento las Ciencias y las Artes; antes bien (si yo no me engaño), son de un grave perjuicio para las Letras; pues aunque para los que están bien cimentados en aquéllas puedan ser de alguna utilidad; pero no pudiéndose limitar el uso de ellos para esta sola clase de gentes... resulta de aquí el inconveniente gravísimo de que haya en la República de las Letras tantos semidoctos, que son peores que los ignorantes, que con sólo acudir a uno de estos diccionarios presumen saberlo todo.»

El segundo es más insidioso y grave aún. Después de haber mostrado lo mucho que hay de bueno, ameno y fértilísimo en París, Luzán considera que debe señalar lo que le parece nocivo y dañoso, a saber, ciertas novelas muy leídas «de amores, placeres y lascivias», y tanto más destructoras —Luzán no lo dice— cuanto que el sexo no es más que el excipiente a través del cual se ataca sin límite alguno la religión y las instituciones sociales. El historiador americano Robert Darn-ton ha puesto de relieve en un libro reciente —*Bohème littéraire et Révolution. Le monde des livres au XVIII^e siècle*. París, 1983— el papel decisivo que han tenido los «Rousseau de alcantarilla» en el advenimiento de la Revolución, con gran perspicacia y erudición. Por su parte, nuestro ilustrado cree que esta subliteratura, que cae sobre «unas costumbres inclinadas ya con demasía a las delicias y el ocio», acabará destruyendo «todo lo varonil de la Nación», a la vez que «estraga el gusto para otras lecciones más provechosas». Y añade: «el valor, la intrepidez, la buena fe, [la capacidad de] sufrimiento y el preferir la muerte a la infamia harán siempre mucha falta a la Nación que las perdiera.» No se trata de «moralismo», sino que Luzán se limita en este párrafo a recordar las virtudes que han construido la civilización europea. Pocos lustros más tarde su olvido arrastra a la nación vecina a una bien triste realidad. Hace unos años, Guy Chaussinand-Nogaret, historiador de Mirabeau, ha descrito con bastante detalle el estado de encanallamiento al que había llegado la nobleza provenzal en las últimas décadas del siglo, hasta el punto de que podría decirse que había perdido la cabeza bastante antes que la guillotina se la cortara.

Nuestro escritor no es, pues, un hombre de extrema austeridad —él mismo dice que no es «hombre de extremos»—, sino que piensa que sin el respeto de ciertas condiciones intelectuales y de ciertas virtudes morales la vida declina o se disloca. Luzán es un hombre razonable, y como buen lector de Descartes, amante de la claridad y evidencia; capaz de admiración y entusiasmo por lo propio y por lo ajeno, patriota sincero que no considera a Europa como algo ajeno; que piensa que la religión no es un obstáculo para hacer ciencia, ni la ciencia para amar a Dios. Algo melancólico y quijotesco, de fina sensibilidad; sosegadamente apasionado, verdaderamente ilustrado. Más cercano al *nivel* de nuestro tiempo que muchos de sus contemporáneos más célebres.

LA SUBLITERATURA